

Lucia D'Angelo - Jacques Aubert - Marie-France Borot  
Guy Briole - Vilma Cocoz - Domenico Cosenza - Serge Cottet  
Gustavo Dessal - Jacqueline Dhéret - Shula Eldar - Manuel Fernández Blanco  
Eric Laurent - Graciela Musachi - Laure Naveau  
Esthela Solano-Suárez - Hebe Tizio

# MUJERES, UNA POR UNA

Shula Eldar (Compiladora)



© de esta edición digital: RBA Libros, S.A., 2018.

Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.

[www.rbalibros.com](http://www.rbalibros.com)

REF.: GEBO484

ISBN: 9788424937973

Composición digital: Newcomlab, S.L.L.

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Todos los derechos reservados.

## Índice

### INTRODUCCIÓN

### I. LA DIFERENCIA DE LOS SEXOS EN EL DISCURSO SOCIAL

EL PSICOANÁLISIS Y LAS DIFERENCIAS SEXUALES EN LA ACTUALIDAD  
SE BUSCAN HOMBRES. INTERESADOS PRESENTARSE EN CUALQUIER  
ESQUINA

LA FEMINIZACIÓN DEL MUNDO

EL SEXO DÉBIL

### II. MALTRATOS

LA SUPUESTA PELIGROSIDAD FEMENINA

RESPONSABLE DE SUS ACTOS

EL RECHAZO COMO GOCE EN LA ANOREXIA FEMENINA

### III. LAS MUJERES Y SUS SÍNTOMAS

LAS MUJERES, EL AMOR Y EL GOCE ENIGMÁTICO

ESTAR SOLA Y SER LA ÚNICA: UN ESTUDIO PSICOANALÍTICO DE LA SO-  
LEDAD FEMENINA\*

HOY COMO AYER: «LA PROTESTA HISTÉRICA»

A PROPÓSITO DE LA NEUROSIS OBSESIVA FEMENIN\*

### IV. ESCRITURA Y ARTE

«THE DEATH OF THE MOTH». SOBRE UN ENSAYO DE VIRGINIA WOLF

LAS MUJERES, EL AMOR, EL CUERPO

DE LA SOCIEDAD DE MUJERES

EL «CHER(E) MAÎTRE» DE GUSTAVE FLAUBERT

### SOBRE LOS AUTORES

### NOTAS

# INTRODUCCIÓN

SHULA ELДАР

Entréme donde no supe, y quedéme no sabiendo, *toda sciencia trascendiendo*.

SAN JUAN DE LA CRUZ

Elegimos estas bellas palabras del místico para presentar este volumen compuesto por una serie de trabajos, en su gran mayoría inéditos. Cada uno de los autores, en su estilo particular, aborda la cuestión de la feminidad o, para decirlo en nuestros términos, razona sobre algún aspecto de la cuestión del «Otro sexo». La cuestión femenina como tal no podría tocarse prescindiendo de una reflexión sobre lo masculino, su desconstrucción actual por ejemplo,<sup>1</sup> así como de la pregunta por la civilización.

En la nuestra, con su marcada tendencia a las conclusiones generalizantes, se va perfilando una cultura que se adhiere, cada vez más, a la banalidad de las «cosas simples y fáciles»<sup>2</sup> entendidas, generalmente, en función de su conversión a términos de medida; es decir, en función de su subordinación al número y la cifra como medios instrumentales para limitar la potencia del goce.

Muchas veces tiene uno la impresión de que en lo que concierne a la cuestión de los sexos, a la sexualidad masculina y femenina, el discurso social se deja arrastrar hacia ese

nivel de pseudo-simplicidad con el cual comulga muchas veces una ideología de igualitarismo. No sorprende, pues, que nos encontremos por regla general con formulaciones que tienden a la corrección política en materia de sexualidad. Es decir, con construcciones vaciadas de la dimensión del sujeto, al modo de la ciencia; o con un sujeto cognitivizado concebido como un ser altamente educable (!). Quizás por eso las plagas sociosexuales, al menos algunas de aquellas que hoy en día más nos golpean en la cara por su exceso y su violencia, despiertan una inquietante extrañeza que toma consistencia como un factor esencial del imaginario actual.

Como resultado de este tipo de política la sexualidad, que es el núcleo más opaco de lo humano, y por ello también el más patógeno, tanto resbala por la pendiente puramente sociológica y se dice: «conducta», «cuestión de género» o de «roles» como se deja aspirar en una mitología científica que se apodera del cuerpo para convertirlo en un conjunto de unidades neuronales; es decir, en elementos de ficción genética, rechazando lo esencial: la economía libidinal responsable de las modalidades que tiene cada sujeto de obtener su propia satisfacción; más allá y más acá de su anatomía.

Estas modalidades son las que marcan la disparidad de los modos de gozar, cuya acción pone de relieve el fondo insondado de nuestra época.

Si lo masculino y lo femenino no dependen en su condición fundamental de la anatomía, ¿de qué dependen entonces? Dependen de lo que cada uno produce, por sí mismo, como respuesta a lo enigmático del sexo, que es aque-

llo que no puede transmitirse como se transmitiría un conocimiento práctico, una técnica. (El psicoanálisis no inventó ninguna nueva perversión, decía Lacan.)

En tales respuestas, singulares, se encuentran los elementos que deciden la posición sexual; del lado del universal o del lado del no-todo; un masculino y un femenino fruto de una elección y no de una determinación biológica.

Es un hecho sorprendente, y que merece una reflexión no prejuiciosa, que después de más de un siglo desde la invención del psicoanálisis se hayan recrudecido tanto los esfuerzos por acallar la subversión del sujeto que introdujo Freud, por convertir el mundo en una zona limpia de freudismo, desterrando la teoría psicoanalítica de la enseñanza en las universidades y, lo que es mucho más grave aún, intentando erradicarla de raíz de la práctica clínica.

¿Qué escándalo es éste, que aún provoca tanta resistencia?, podría preguntarse uno hoy en día cuando, aparentemente, la cuestión sexual ha dado por tierra con casi todos los tabúes. ¿No será, precisamente, porque no ha cedido en abordar la dimensión femenina? Freud extrajo del clamor del inconsciente de muchas mujeres el fondo de insatisfacción sexual que causaba los síntomas de dolor en sus cuerpos y de él dedujo el método psicoanalítico, para su aplicación general.

Vale la pena volver a dar relieve a estos datos por más que hayan sido muy repetidos porque, actualmente, las cosas se resuelven con una metodología muy diferente: haciendo tragar la píldora de una rectificación por vía química a la que se le supone equilibrar el sistema, pero que tiene como efecto el cortocircuito del decir inconsciente y por

ello sirve tan bien de coartada a las exigencias imperativas que deprimen nuestras vidas.

Si la pasión por lo que decían los síntomas fue escandalosa no lo fue menos que Freud osara abrir la caja de Pandora que encerraba un endemoniado enigma: «¿Que quiere la mujer?». Freud no dejó de emplearse en su desciframiento y dio la palabra a sus discípulas, que sacaron de sus propios dramas subjetivos consecuencias insospechadas. De allí bebieron muchas de las corrientes del feminismo, a su pesar o no.

La pregunta freudiana chocó, como tal, contra algunos escollos. Se encontró con puntos de *impasse*: la envidia del pene es el más divulgado y sirvió para acusar al psicoanálisis de un falocentrismo que fue confundido con el machismo. Es cierto que la cuestión de la feminidad se abordó, en un primer término, a partir de una premisa universal que daba predicamento a lo fálico. O sea, a una función de significancia que ordena la imparidad entre los sexos. «Ser o tener el falo» se estableció como principio de repartición de los sexos en categorías diferenciables, aunque no complementarias.

No se puede decir que las mujeres queden fuera de la lógica fálica. La lógica fálica es determinante de la estructura del sujeto; si las mujeres estuvieran del todo fuera de ella no dirían nada, no hablarían, se mantendrían en un silencio eterno, por fuera del lenguaje, o serían del todo locas. Sólo que ese tipo de lógica no responde por el «todo» de la sexualidad; allí donde la noción de unidad cojea es donde hay «no-todo» que escapa a ella y es desde esta perspectiva desde la que Lacan cambió la formulación de la pregun-

ta freudiana, sólo en un pelo quizás, cambiando el artículo determinado por el indeterminado: «¿Qué quiere *una* mujer?», porque a ellas hay que tomarlas una por una, decía.

Esto es algo que no sólo los *partenaires* de las mujeres pueden olvidar; a menudo lo olvidan ellas mismas. Este olvido es una fuente de muchas de las dificultades que tienen con su propia existencia.

«La mujer no existe». Esta es una afirmación que dio lugar a un segundo escándalo, lacaniano esta vez. Hay mujeres una por una, y esa zona de indeterminación, fuera de límite, en la cual el patrón fálico es inoperante es lo propio del *heteros* femenino. Requiere, por lo tanto, ser abordado por medio de otra lógica que demuestre cómo es posible sostener la disparidad que existe entre un sexo que responde de lo universal y el Otro que le existe. Eso hace que la feminidad sea un enigma fecundo y que concierna tanto a los hombres como a las mujeres. Es algo que los escritores y los artistas, como sucede con muchas cuestiones, saben desde siempre.

Agradecemos a todos los que hicieron posible este volumen; les agradecemos su esfuerzo y su disposición. Cada uno de ellos ha seguido algún hilo, guiado por su propio interés, dando lugar a la variedad de los temas con los que nos dirigimos, aquí, a los lectores.



I

# LA DIFERENCIA DE LOS SEXOS EN EL DISCURSO SOCIAL

# EL PSICOANÁLISIS Y LAS DIFERENCIAS SEXUALES EN LA ACTUALIDAD MANUEL FERNÁN- DEZ BLANCO

IGUALDAD, PARIDAD Y DIFERENCIA

Hay hombres y hay mujeres. No siempre se distinguen por la diferencia biológica, ya que en el ser humano la biología no marca el destino sexual. Esto se demuestra de modo inequívoco en el empuje al transexualismo, o al travestismo, en algunas personas. La no adecuación del sexo psíquico y del sexo físico nos parece a todos, en esos casos, evidente. A esta evidencia la sanidad pública presta oído en algunos lugares financiando las operaciones de cambio de sexo. Pero la no adecuación del sexo psíquico y el biológico no suele pasar por el empuje a la transformación corporal.

La lógica masculina y la femenina no son iguales. La lógica masculina se rige por el culto a la uniformidad. La lógica masculina sufre del horror a la excepción, a lo que se sale de lo previsto, a la particularidad. Por eso instituciones como la Iglesia o el Ejército han sido, o siguen siendo, de estructura masculina. Allí donde la jerarquía, el ritual y la obediencia constituyen la base del funcionamiento, allí donde rige siempre lo mismo y de la misma manera, allí donde to-

do está establecido de antemano, allí donde la excepción adquiere el carácter de herejía o traición, allí tenemos la lógica masculina.

La lógica femenina no se rige por el aplastante y obsesivo *para todos lo mismo*. En este sentido, los sujetos en posición femenina —independientemente de su sexo biológico— son la mejor garantía contra la uniformidad. Toda mujer es una excepción, mientras que los hombres son mucho más predecibles. Los hombres están más apegados a las normas, a lo que debe ser, a la opinión conveniente. A esta opinión sacrifican su libertad, su particularidad y sus deseos. Los hombres tienen, también, un mayor apego al poder. En este sentido, sería muy esperanzador lograr que *lo femenino* pasase a ser un factor de la política.

Aquí comienza el problema: la presencia paritaria de mujeres en las listas electorales, o en un gobierno, no garantiza nada en términos de discurso. La igualdad sexual se ha planteado casi siempre en términos de equiparación de las mujeres a los hombres. Ésta es la paradoja del movimiento feminista, que al defender la igualdad puede verse abocado a que ésta se realice mediante la inclusión de todos en el discurso masculino. Así realizaríamos el imperio de lo *unisex*: todos iguales, bajo el modo hombre.

Algunos sectores históricos del movimiento feminista —es el caso, por ejemplo, del feminismo de la diferencia— se apartaban de este planteamiento del feminismo-igualdad. De todos modos, al defender el carácter de «clase social» de la mujer —en el sentido marxista— y propugnar una sociedad de las mujeres, la particularidad volvía a quedar negada en el universal de ese «todas mujeres» que algunas

llevaban a la propuesta del lesbianismo como único modo de goce válido y coherente para una mujer feminista.

Al hilo de estas reflexiones no se puede dejar de evocar las posibles consecuencias bizarras de la imposición, por ley, de la paridad sexual en las listas electorales. Esto podría implicar, como ya han destacado algunas voces, el hecho paradójico de que un partido feminista tuviera que intercalar a hombres en sus listas, lo que supondría una limitación en el ejercicio democrático de su opción ideológica.

El discurso de los partidos políticos está dominado por la uniformidad, por lo conveniente, por defender todos lo mismo —incluyendo, si es necesario, defender la misma mentira—. Es difícil encontrar ahí la posición femenina. Los sujetos, hombres o mujeres, en posición femenina no niegan ni la verdad ni la falta y están siempre más cerca de lo particular y de lo sorprendente. A veces aparece una Celia Villalobos que, encarnando la excepción, vota contra su propio grupo parlamentario y da su aprobación a la ley que regulariza el matrimonio entre personas del mismo sexo. Pero esto no es frecuente, no es fácil encontrar *lo femenino* en política. Hombres políticos y mujeres políticas hacen y dicen lo mismo. No encontramos Antígonas frente a Creontes. Ni siquiera el acto político de las mujeres en búsqueda de la paz, pleno de ironía y sabiduría, reflejado por Aristófanes en su comedia *Lisístrata*.

En la época de la defensa de la particularidad —nacional, étnica, religiosa o cultural— frente a la tendencia a la uniformidad, podemos encontrarnos con que la diferencia primaria y fundamental que es la diferencia sexual sea cada vez más difícil de percibir. La debilidad del pensamiento

que caracteriza el momento actual puede llevarnos a creer que con actuaciones en el orden del imaginario social, como las políticas de paridad, se promociona el discurso de las mujeres. Esto puede ser un espejismo. La posición sexual no se deriva, automáticamente, de la diferencia anatómica de los sexos. La posición femenina está más próxima al deseo. Es una posición menos sujeta a la coacción de la demanda de uniformidad.

Constituye un progreso fundamental de la civilización que las mujeres puedan ocupar cualquier espacio social y profesional, sin ningún tipo de limitación en función del sexo. Este progreso debe ser aún más valorado por el hecho de que no está garantizado de modo universal. Sin embargo, uno de los riesgos de las políticas de igualdad pudo ser la identificación colectiva al universo masculino. En ese caso podríamos decir: todos iguales, todos hombres. He dicho, en pasado, que éste pudo ser uno de los riesgos porque ahora parece apuntarse otra tendencia en el campo de la diferencia sexual relacionada con los fenómenos que caracterizan a la sociedad hipermoderna y a la globalización.

#### UNIVERSAL, EXCEPCIÓN Y NO-TODO

Jacques Lacan en *L'étourdit* define a la mujer como no-toda.<sup>1</sup> La mujer, al contrario que el hombre, no se puede alcanzar a definir en el orden simbólico. Cosa que, por otra parte, la mujer rechaza: los psicoanalistas lo sabemos bien.

Esto supone una antinomia entre mujer y universal, así como entre mujer y medida. Aunque sólo fuera por esto,

por esta razón estructural, el concepto de igualdad entre los sexos se torna problemático. Ésta puede ser la razón por la que se busca remediar con la ley lo que la estructura impide. Las políticas que buscan regular, normativizar, la paridad entre hombres y mujeres: en las listas electorales, en el gobierno y hasta en la dirección de las empresas, pueden suponer un intento de domesticar a través de la contabilidad —que por ser del orden de lo discreto, de lo numerable, siempre está en el orden fálico— lo imposible de cifrar de la diferencia de los sexos. La mujer existe al significativo y por eso las mujeres objetan cualquier definición que se les dé de su ser, aunque ellas mismas la reclamen. Cuando Lacan establece la lógica de la diferencia sexual, con el desarrollo de las fórmulas de la sexuación en el *Seminario XX: Aún*,<sup>2</sup> sitúa del lado masculino la posibilidad de constituir un conjunto cerrado: el conjunto de todos los hombres, recurriendo a la excepción que fundaría el conjunto, al Uno de la excepción. Lacan nos dice que «El todo se apoya entonces aquí en la excepción postulada como término».<sup>3</sup>

La lógica del Uno y de la excepción es la lógica edípica, que funda la castración universal en la excepción mítica del padre de *Tótem y tabú*,<sup>4</sup> el único que no tendría limitado su goce. Pero hay un más allá del Edipo. Y, de algún modo, todas las mujeres, además de participar en la lógica edípica, están en el más acá y en el más allá del Edipo. En el más acá, porque siempre persiste, en su organización pulsional, la demanda oral dirigida a la madre, que nunca la amó lo suficiente. En el más allá porque la mujer no-toda está, también, dentro de la función fálica.

Efectivamente, del lado mujer de las fórmulas de la sexuación, no hay excepción a la función fálica, lo que no permite construir el conjunto de «todas las mujeres» bajo la lógica del universal. Las mujeres no son reducibles a un conjunto, son una por una, son particulares, objetan la uniformidad, no hay un modelo de La mujer.

LA CRISIS DEL UNIVERSAL EN LA CIVILIZACIÓN, LA GLOBALIZACIÓN,  
Y SUS CONSECUENCIAS EN LA DISTRIBUCIÓN SEXUAL

Se ha desarrollado ampliamente que la época actual, la hipermodernidad, viene precedida de la desaparición de los discursos basados en propuestas universales. Lyotard habla del fin de los grandes relatos, de los grandes Nombres del Padre, y Vattimo propone un «pensamiento débil» como correlato lógico del fin del pensamiento trascendente, del fin de la metafísica. Esta tendencia va acompañada de la desaparición de los grandes hombres, los hombres de excepción, como ya Jacques Lacan profetizó en su día, tomando apoyo en las *Antimemorias* de Malraux.<sup>5</sup>

Las crisis del universal y del Uno de la excepción conducen a la pluralización y a la fragmentación de lo social, así como a la crisis del sentido. Por eso, el sentido y la tradición han perdido su eficacia en la regulación de los goces, lo que comporta modificaciones en la clínica de los sujetos de la hipermodernidad. Los síntomas de los sujetos actuales son menos neuróticos, están menos ligados al conflicto y a la interdicción. Menos ligados, en definitiva, a la función paterna.